

Amor y gin-tonic

María José Vela



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

[#amorygintonic](https://twitter.com/hashtag/amorygintonic)

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Amor y gin-tonic

Autor: © María José Vela

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-86-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-87-1

ISBN Digital: 978-84-15747-88-8

Fecha de publicación: Febrero 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-40126-2015

A Inés y Eva

Índice



Capítulo 1	11
Capítulo 2	21
Capítulo 3	25
Capítulo 4	29
Capítulo 5	35
Capítulo 6	37
Capítulo 7	45
Capítulo 8	55
Capítulo 9	59
Capítulo 10	69
Capítulo 11	81
Capítulo 12	89
Capítulo 13	95
Capítulo 14	103

Capítulo 15	111
Capítulo 16	127
Capítulo 17	137
Capítulo 18	143
Capítulo 19	153
Capítulo 20	165
Capítulo 21	181
Capítulo 22	187
Capítulo 23	199
Capítulo 24	211
Capítulo 25	221
Capítulo 26	225
Capítulo 27	231
Capítulo 28	235
Capítulo 29	241
Capítulo 30	271
Capítulo 31	277
Capítulo 32	291
Capítulo 33	301
Capítulo 34	311
Epílogo	327
Agradecimientos	335

1



—**A**bi, ¡a mi despacho!

Estaba claro que aquel hombre tenía un objetivo bien marcado en la vida: hacernos morir de un infarto. Hasta Esther, nuestra becaria, pegó un brinco cuando el jefe interrumpió nuestra concentración laboral de semejante manera. Volví de una reunión que el consejo directivo había convocado de forma urgente y eso, inmersos en plena crisis y rodeados de rumores de cambios, nos ponía nerviosos tirando a histéricos.

Me levanté lo más serena que pude ante la indagadora mirada de mis compañeros. Puse cara de resignación para tranquilizarlos a todos, me enderecé la falda, cogí mi agenda y, cual borreguito inocente, corrí tras mi matarife que, de la forma más maleducada del mundo, cerró la puerta de su despacho en mis narices.

Ommmm, ommmmm... canté mentalmente allí plantada. Ommmmm, no agunto más a este tíommm... .

Tras unos instantes, di unos golpecitos en el letrero pegado a su puerta que rezaba:

ARMANDO GARCÍA
Director de Comunicación

Me gustaba golpear justo ahí, en su nombre, imaginándome que en lugar de unos nudillos y una placa metálica lo que chocaba era mi mano abierta contra su peluda nuca de jefe estirado.

Armando era un cuarentón recién estrenado camuflado en el cuerpo de un hombre mayor. Muy mayor. Estaba casado con una mujer que nunca lo llamaba al trabajo y con la que tenía un niño de dos años del que todavía no habíamos visto ninguna foto. Insoportablemente meticuloso, tanto en su trabajo como en el nuestro, era parco en palabras, pero un experto en el arte de la comunicación facial. De hecho, hablaba más con la mirada que con la voz, algo que nos daba auténtico miedo. Aunque lo peor era que tenía una odiosa habilidad: ¡nos leía el pensamiento!

—Adelante —contestó Su Seriedad desde el otro lado.

Entré con cuidado y cerré la puerta detrás de mí alcanzando a guiñarle un ojo a Esther, que seguía mirándome muerta de miedo.

—Siéntate Abi, por favor —dijo amablemente.

«Uy, mal asunto», pensé. Cuando le entraba la amabilidad significaba que nos esperaba, o un maratón de trabajo, o una bronca terrible y, francamente, no me apetecía nada que fuera lo segundo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en tono diligente para disimular mi pánico.

—Nada malo, no te asustes. —Se apresuró a contestar, dejando constancia de que ya se había conectado con mi cerebro, lo que me hizo sentir vulnerable.

Sentado en su sillón de cuero con los codos apoyados en los reposabrazos y con las manos ligeramente unidas por las yemas de los dedos, me miró atento sin decir nada. Intenté por todos los medios poner la mente en blanco. No era oportuno que me la leyera en aquel momento, porque no podía evitar pensar que cada vez estaba más calvo y que sus últimas gafas eran horrendas.

Mi debilidad mental me puso más nerviosa aún de lo que estaba. Tanto que se me cayó el bolígrafo debajo de su mesa. Intenté alcanzarlo con el pie, pero lo único que conseguí fue

darle una patadita y alejarlo más todavía. En vano esperé un gesto de caballerosidad por parte de mi jefe y, al final, tuve que agacharme y ponerme de rodillas en la postura más humillante que se puede adoptar en el despacho de un superior, por mucho que Bill Clinton y Monica Lewinski la pusieran de moda en la Casa Blanca. Aquello fue demasiado para mi dignidad y, por lo visto, también para mi falda de tubo, que al son de un ¡rasssss!, se me descosió por detrás hasta la mitad de mis posaderas.

«No me lo puedo creer», pensé, tanteándome el trasero para analizar la magnitud del desastre.

Me incorporé lo más rápido que pude, haciendo como si no hubiera pasado nada y volví a sentarme muy seria. Armando seguía mirándome impasible. Tras unos momentos de tenso silencio... vinieron más momentos de tenso silencio, y cuando ya estaba a punto de darme un telele, por fin se decidió a hablar:

—Verás, Abi. Hace días que se oyen rumores de todo tipo en la empresa. Y no me digas que tú no has oído nada porque entonces pensaré que me tomas por idiota.

No, la verdad es que por idiota no lo tomaba, pero por un borde amargado sí, de modo que no hacía falta insistir y negar lo de los rumores.

—Claro, claro que los he oído. Aunque ya sabes cómo son estas cosas: se dicen muchas tonterías y, en el fondo, nadie se entera de nada —afirmé con una risita nerviosa.

—Pues yo sí me entero —aseguró de lo más prepotente, lo cual resultaba irónico e innecesario, ya que sería tremendo que el jefazo del departamento de comunicación no supiera lo que se cuece en la empresa.

—¿Ah, sí? —pregunté poniendo cara de estar supersorprendida.

—Sí. Verás, EveCare sigue manteniéndose como una de las mejores corporaciones de Europa y la mejor marca de cosmética de lujo no sólo en Francia, sino en todo el mundo. Aun así, desde París quieren más eficiencia, especialmente en las filiales extranjeras como la nuestra, y nos van a obligar a hacer cambios en nuestro organigrama. Ya sabes, crear nuevos departamentos, cerrar otros...

—¿Va a haber despidos? —pregunté, en contra de mi voluntad, antes de que terminara la frase.

—... y cambios a nivel de personal que ya está decidiendo el consejo —continuó sin hacerme ni caso—. Prácticamente ya está todo listo. Sin embargo, hemos contratado a una consultoría de recursos humanos para hacer el trabajo de campo. Ya sabes, una de primer orden con el fin de que en Francia quede claro que hemos sido bien asesorados y no piensen que se ha nombrado a nadie «a dedo». El lunes vendrá un consultor, redactará un informe sobre las personas más idóneas para cada puesto y luego el consejo decidirá lo que le parezca. El nuevo organigrama, con nombres y apellidos, lo anunciaremos además a los medios aprovechando el acto de lanzamiento de la nueva línea de maquillaje.

Vale, ya lo entendía, lo que nos esperaba era un infierno. El lanzamiento de cualquier cosa era para nosotros una locura y, si a eso le añadíamos una nueva estructura organizativa, el resultado era, más o menos, lo peor del mundo.

—Bien, y ¿qué hacemos? ¿Cuándo se va a anunciar? ¿Qué consultoría es? ¿Quieres que redacte una nota interna?

Mi mente se puso a trabajar a toda velocidad mientras mis manos destapaban el bolígrafo traicionero y pasaban las páginas de mi agenda, buscando un hueco immaculado donde apuntar. Armando no me contestó. Levanté la vista y vi con horror una mirada en sus ojos que no conocía. Era amable, risueña. Incluso pícaro, si eso no fuera del todo imposible para aquel hombre.

—¿Una nota de prensa? —pregunté con voz temblorosa, cuando ya no podía soportar ni un segundo más el silencio de aquella mirada.

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces?

—Quiero que estés preparada —dijo muy solemne intentando sonreír, sin conseguirlo.

—¿Preparada? ¿Para qué? —pregunté rápido, con el fin de terminar con los lapsus de una vez.

—Para tu ascenso —dijo muy despacio.

—¿Para mi qué? —suspíré muy bajito. Con tanta tensión empezaba a oír cosas extrañas en mi cabeza.

Armando se inclinó sobre su escritorio para darle más énfasis.

—He dicho: para tu ascenso —repetió sílaba a sílaba.

¿¿¿Ascenso??? ¿¿¿Yo??? ¡¡¡Sí!!! ¿¿¿Sí??? Ay madre... ¡¡¡Sí!!!
¡¡¡Lo había oído bien!!!

Según afirmaban casi todos mis libros de autoayuda, para conseguir cualquier objetivo sólo había que desearlo con toda la fuerza del maldito cosmos, nada más, y el subconsciente, los dioses, el universo o lo que sea, se encargaban personalmente de dártelo. En esta vida yo ya había deseado de todo: sacar buenas notas sin estudiar, pasar de una ochenta a una noventa y cinco de sujetador sin silicona, crecer los diez centímetros que me faltaban para completar mi autoestima, casarme con mi novio Mario y, ¿cómo no?, un ascenso. Y ahí estaba yo, con sólo treinta y dos años y a punto de empezar a creer, por fin, en toda aquella patraña de auto psiquiatría barata a la que era adicta desde mi adolescencia. Sentada en el despacho de un imbecil pero, en fin, la vida no era perfecta.

—¿En serio? —murmuré sintiendo un amago de soponcio—. ¿Me van a ascender? ¿A mí?

—No es oficial pero... sí. Serás la nueva directora adjunta de comunicación y relaciones públicas.

—¡Directora adjunta de comunicación y relaciones públicas! —exclamé.

Jo, ¡sonaba fenomenal! Sonaba tan bien, que me habría subido con mis tacones y mi falda rota en la mesa de Armando a bailar la lambada de no haber sido porque... A ver, un momento... ¿qué demonios era una directora adjunta? Éramos un departamento de cinco personas, nunca habíamos tenido nada semejante y las relaciones públicas nos venían impuestas por la central de París. ¿Qué se supone que tendría que hacer yo?

Por primera vez en la vida me resultó sumamente útil que mi jefe supiera lo que pensaba:

—Bueno, no te emociones. Seguirás dependiendo de mí, no te vamos a subir el sueldo y básicamente harás lo mismo

que ahora, pero con capacidad de decisión. Vendrás conmigo a los consejos directivos, a las reuniones con los medios y serás la maestra de ceremonias en todos los eventos que organicemos. Por eso lo de relaciones públicas. El primero será cuando hagamos el lanzamiento y anunciemos los cambios. Sabes hablar en público, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —contesté preguntándome si hablar con una amiga en un vagón del metro atestado de gente contaba como hablar en público.

—Pues ve practicando. —Definitivamente, mi cerebro era un libro demasiado abierto para él—. Es muy importante. Cabe la posibilidad de que venga el mismísimo monsieur Dumont.

—¿Monsieur Dumont? —Eso sí que me puso nerviosa. Dumont era el dueño del *holding* EveCare, que había levantado prácticamente de la nada, y uno de los ejecutivos más respetados del mundo.

—Monsieur Dumont. Como sabes, jamás ha asistido a ningún acto de EveCare España. Por supuesto habrá prensa, invitados ilustres y supongo que invitaremos a los de la consultoría. Unas quinientas personas.

—¡Vaya!

Nunca habíamos tenido en España un acto tan grande y... ¡yo iba a ser la directora adjunta de comunicación y relaciones públicas!

—Como comprenderás, hay que esmerarse al máximo y no voy a tolerar ningún fallo. El lunes a primera hora enviaremos una nota interna a todos los empleados para anunciar la presencia del consultor y pedir que colaboren con él. Hasta entonces no quiero que digas ni una sola palabra a nadie. Recuerda que lo tuyo no es oficial. Te lo he dicho porque tenemos poco tiempo y necesito que estés preparada. No quisiera comprobar que he confiado demasiado en ti al decírtelo.

—No, claro que no, no hay problema.

—Pues a trabajar.

—Sí, sí. —Me levanté temblando y me dirigí hacia la puerta con torpeza. En cuanto toqué el pomo dorado, mis buenos modales (y la imagen de mi pompis al aire) me hicieron girarme y balbucear roja de vergüenza:

—Armando, yo...

—De nada. A trabajar he dicho —contestó tajante, aunque me pareció ver que él también se sonrojaba.

En cuanto pisé el suelo de linóleo que separaba el mundo de los jefes del nuestro, pensé que me iba a caer redonda; las miradas suplicantes de mis compañeros me mantuvieron en pie. Volví a mi sitio como si nada y todos volvieron a teclear en sus ordenadores, excepto la pobre Esther, que seguía mirándome aterrada.

Intenté concentrarme en lo que estaba haciendo antes del notición, pero como ni siquiera recordaba qué era, opté por coger firmemente el ratón, abrir un correo electrónico lo más largo posible y hacer como que lo leía, mientras me regodeaba en mi recién estrenada felicidad.

No podía creerlo, ¡me iban a ascender! Por fin tantas horas de trabajo codo con codo con el hombre más exigente del mundo iban a tener su recompensa.

Miré por el rabillo del ojo a Pedro, el Cochino Envidioso, al que pillé contándole a los de administración que me había ganado el puesto de favorita acostándome con el jefe.

«¡Oh, Dios mío!», pensé alarmada. «Ahora... ¡van a pensarlo de verdad!».

Iba a convertirme en el centro de todos los cotilleos de la empresa, y eso no me gustaba. Claro que, si no era cierto, no tenía por qué molestarme, ¿no? Sin embargo, me molestaba, y mucho. Si ya era humillante que restaran valor a mi trabajo y a mi capacidad, mucho peor era el hecho de que me creyeran capaz de tener un encuentro físico con semejante antídoto contra la lujuria.

«Al menos no me han visto arrodillada bajo su mesa con la falda rota...», me consolé.

Quise justificarme, explicar a gritos todos y cada uno de los méritos por los que me había ganado ese ascenso. Necesitaba urgentemente hablar con alguien y no podía. ¿O sí? Al fin y al cabo, no era oficial dentro de la empresa pero en mi entorno personal... Miré de reojo mi móvil. Una lucecita verde parpadeaba desesperada como diciéndome: «O empiezas a pulsar

teclas en mi barriga o me va a dar algo a mí también». Lo cogí para consolarlo un poco y vi que tenía un wasap de mis amigas:

Sara:

Chicas, ¿venís a cenar? Os tenemos que contar una cosa.

Loreto:

Cuenta, cuenta, cuenta...

Sara:

Ni en broma. Abi, ¡maniféstate!

Loreto:

Estará liada, como siempre.

Abi:

Estoy, estoy. Yo también tengo un notición. ¿A qué hora?

Sara:

¿9:30?

Abi:

Ok.

Loreto:

Ok.

Eran casi las siete de la tarde. Perfecto, hacía más de dos horas que había finalizado nuestra jornada legal de trabajo. Sin embargo, no podía irme antes que el jefe, ni siquiera siendo viernes. Primero porque sería considerado una osadía y, segundo, porque no quería que me viera ansiosa por salir y gritar su terrible secreto a los cuatro vientos. Me merecía ese ascenso, era la recompensa por mi dedicación constante, de modo que no podía mostrarme sorprendida, como una niña pequeña a la que le acaban de poner su primer diez y está deseando que toque el timbre para ir a casa a contárselo a sus padres.

Afortunadamente, Armando salió a los dos minutos del despacho. Sin apenas mirarnos, murmuró un rancio «hasta el lunes» y, como todos los días, nada más ser engullido por el ascensor empezamos el ritual del fin de jornada, que consistía en recoger a toda velocidad, apagar los ordenadores y salir corriendo para ser engullidos también por el ascensor.

Mis compañeros empezaron a parlotear animadamente, pero yo los oía de lejos. Tenía toda el alma concentrada en ponerme mi gabardina roja con el trasero bien pegadito a la pared, para que no se viera el descosido. Me pareció entender que Pedro quería que fuéramos a tomar algo, así que presté un poco más de atención. Cada vez que Armando me llamaba a mí sola al despacho nos proponía ir al bar más cercano para intentar sonsacarme algo de la conversación.

—Yo no puedo, he quedado —me disculpé.

—¿Con Mario? —preguntó Maica.

—No, está en Londres hasta la semana que viene —se chivó Esther.

—Con mis amigas, he quedado con mis amigas —aclaré clavando una mirada inquisidora en la becaria.

—Ese novio tuyo viaja mucho, ¿no? —preguntó Pedro, el Cochino Envidioso. Sabía perfectamente que cada vez nos veíamos menos y siempre que podía metía el dedo en la llaga haciendo un comentario hiriente, tipo «amor de lejos amor de pendejos», «ojos que no ven, cuernos que te ponen» y cosas por el estilo.

—Sí, ya sabes, es lo que tiene ser auditor en una superconsultoría. —¡Ala! Chúpate esa, capullo.

Subimos de lo más tensos al ascensor y, ya en la puerta del edificio, me despedí de mis compañeros. Comencé a caminar hacia el metro despacito, para aguantar mejor las ganas que tenía de saltar. Una brisa tibia me golpeó en la cara, recordándome que en breve vendría la primavera. Respiré hondo, saqué mi móvil del bolso y marqué el número de Mario. Como siempre, me saltó el buzón de voz.

—Hola. Soy yo. Llámame cuando puedas que tengo que contarte una cosa —supliqué a la nada.

Mario, mi Mario, era el mejor auditor de Siglo XXXI Consulting, S. A., una consultoría que sólo admitía gente muy inteligente dispuesta a trabajar más de catorce horas diarias, incluidos fines de semana. Por desgracia para mí, Mario era una de esas personas. Lo hacían viajar tanto, que pasaba más horas metido en aviones y trenes que conmigo. Con semejante

ritmo de trabajo, aunque llevábamos juntos casi diez años, nuestra relación estaba en ese punto de «o para adelante o para atrás» pero, simplemente, no teníamos tiempo de tomar una decisión. Bueno, yo sí lo tenía, pero viendo los meses que me esperaban, lo mejor era concentrarme al cien por cien en mi nuevo trabajo, que iba a ser apasionante, pero mucho. Muchísimo. Puede incluso que demasiado. ¿Demasiado? ¿Me volvería como Mario? ¿Tendría que viajar constantemente y trabajar a todas horas? Si era así, ¿cuándo nos íbamos a ver? Sólo de pensar en ello me mareé y me tuve que sentar en un banco que había justo en el cruce de la calle de EveCare con Castellana.

—¡Rasssss! —susurró de nuevo mi falda.

Fue como una señal, porque supe a quién debía llamar, quién debía ser la primera persona en saber lo de mi ascenso. Emocionada, marqué su número y, en menos de tres tonos escuché su voz.

—¿Diga?

—Hola, abuelita.